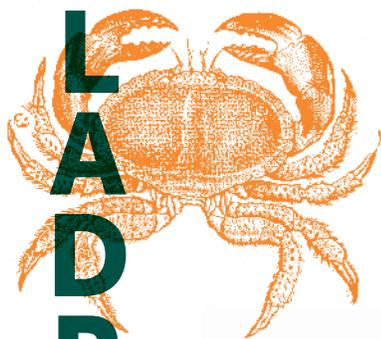


**JUAN
CHACO** **BAHÍA** **Y** **MÁLAGA**
LADRILLOS



VIAJE
DE PESCA

Julián González
Martelo



Cada año en las primeras semanas de enero, los vientos del pacífico moldean las olas de tal manera que los peces encuentran en la bahía un refugio ante las fuertes corrientes. En las rocas y ruscales de la bahía los meros y pargos encuentran grandes festines de sardinas y pequeños crustáceos, los sábalos y róbalos acechan cerca a las boyas a sus presas, y los del-fines gozan del sol del atardecer. Este es uno de los fenómenos más atractivos para los aquellos que encontramos gran placer en la pesca y en la tranquilidad del mar. Junto a mi padre, organizamos en los primeros días de la semana todo el equipo de pesca, el fin de semana será ajetreado y no tendremos mucho tiempo para perder; tenemos que pescar. Los carreteles piden nylon nuevo, de 30 libras transparente, los animales en el pacífico son inteligentes y huyen al ver sedales gruesos; los trasmallos y buques pesqueros les han enseñado a desconfiar del pescador. Vamos al centro de la ciudad, en los últimos paseos se nos han acabado las guayas, plomadas y anzuelos número 7. Cerca a la iglesia de San Bosco encontramos lo que necesitamos para ir preparados, casi más de 100 anzuelos y 50 plomadas. El lecho de la bahía es rocoso y lleno de troncos hundidos, la mayoría de las peleas las gana el pez y perdemos nuestro equipo. Las preparaciones están casi terminadas, solo nos falta comprar la comida y llenar las neveras de hielo, el pronóstico de pesca es bueno.

Finalmente es viernes y el viaje comienza, el despertador suena a las 4:30am tenemos que estar en Buenaventura antes de las 8am para alcanzar a embarcarnos en la lancha de las 9am. La carretera está fría y con neblina, el silencio acompaña cada sorbo del café, no hablamos mucho mi padre y yo, cada uno está pensando en llegar al mar y encontrarnos frente a su violenta tranquilidad. Eventualmente compartimos expectativas del viaje y dis-

cutimos sobre que señuelo usar, que nudo hacer, cómo navegar las olas y quién en este paseo, va a ser el mejor pescador. Al avanzar la mañana las sonrisas empiezan a dibujarse en nuestras caras, el sol ilumina en el horizonte una tenue lámina de agua, el pacífico está cada vez más cerca. La brisa es tenue y las palmeras gozan de su tranquilidad, vamos a tener un mar tranquilo y permisivo. En las afueras de Buenaventura vemos los esteros de su bahía, están con bastante agua y las jaibas aprovechan para salir a alimentarse en los lodos del río Sabaletas.

Para este viaje nos acompañan dos pescadores más; mi tío Ñato y su hijo Jorgian. Casi siempre buscamos salir al mar juntos, hacen parte de nuestro grupo de pesca más cercano. Cada uno de nosotros se encuentra divagando en sus pensamientos, el vaivén de la marea despoja a la mente de sus preocupaciones y problemas, la respiración es profunda y todo el aire que entra a los pulmones al salir deja expuesto un estado de tranquilidad catártico que purifica nuestra alma y por un momento enseña un poco del futuro. El mar tiene la peculiaridad de librar al hombre de la necesidad de interacción social, la naturaliza; nuestros intercambios son genuinos y vienen de una verdadera intención de compartir, nada es forzado.

El viaje inicia y nos montamos en la lancha, el casco surca las olas que crecen a medida que salimos de la bahía, el rocío del mar humedece nuestras caras y a lo lejos la cotidianidad se desvanece, a proa una infinidad de mar que promete dar frutos. El viaje desde el puerto de Buenaventura a Juanchaco dura casi una hora, la ruta es costera y nos permite apreciar los paisajes imponentes del pacífico. Acantilados de selva que interrumpen de manera abrupta el camino del mar, las olas chocan con la pierda lisa y se alzan a más de 4 metros. Cuevas formadas por la

corriente se exponen en la marea baja y los alcatraces las usan de refugio. Cada paso tiene una historia, y una manera particular de navegarlo, el más conocido es el paso del Tigre. Tiene una reputación de ser tempestivo y peligroso, sin embargo, la experiencia enseña al boga que cada ola, sin importar su tamaño es peligrosa, al mar se le tiene que respetar. Entramos a la bahía y en el otro extremo de su boca se ve Isla de Palma, al frente el muelle al que nos dirigimos. La armada siempre está patrullando la zona debido a la historia de narcotráfico que tiene el pacífico colombiano, pero son personas amables y entrenadas que siempre dan una cara amable a los pescadores.

Llegamos a Juanchaco y en el muelle nos reciben las mismas caras de siempre, caras que conocen a mi papá y a mi tío hace más de cuarenta años, y que nos han visto crecer a mi primo y a mi como pescadores. Nos dirigimos al hotel Asturias, dónde siempre nos quedamos, ahí nos espera el Cholo quien se encarga de atender los asuntos de pesca de los huéspedes, doña Mabel encargada de la cocina (la mejor cocinera del mundo que desde muy pequeño se ganó mi corazón) y Ferney quien administra el hotel. Cada quién entra a su cuarto, yo siempre comparto uno con mi papá. La tarde del día de llegada a Juanchaco es utilizada para recargar energías y disfrutar de unas cervezas frías en la playa, la noche es acompañada por una autentica comida del pacífico y de las mismas historias de pesca de toda la vida, que a pesar de ser repetidas en todos los paseos logran hacernos reír hasta llorar. La velada es corta, tenemos que dormir ya que al día siguiente estaremos más de diez horas en el mar.

Son las cinco de la mañana y el día ya comenzó. Con ansias, lo primero que observamos al salir de la habitación es el movimiento de las palmeras. Poco viento

es un buen indicio de mareas tenues, y así es, una leve brisa acaricia las palmas y nos alienta para ir al mar. El desayuno es trancado y en el comedor se siente la buena vibra de los pescadores; todos esperamos un buen día y mucha pica. Ya nos dirigimos al muelle, Juanchaco es un pueblo particular, la rumba de la noche anterior sigue viva, suenan los parlantes a todo volumen y el alcohol sigue en la sangre de aquellos que no viven del mar. Por otro lado, están quienes esperan durante toda la noche los primeros rayos de luz para ver cómo ha amanecido el mar, para ver si se podrá salir a pescar. Los pescadores de Juanchaco son personas rudas y calladas, el mar les ha mostrado su amabilidad y su ferocidad. No se confían de los primeros vientos.

Ya a las 6 de la mañana estamos embarcados en nuestro navío, se llama La Elenita, y su capitán “Chambimbe” al que de cariño le decimos Chambi. Él es un hombre ya de edad, tiene más de 55 años. El mar ha sido su sustento durante toda su vida, y la vida se su padre y de su abuelo. Es el pescador más experimentado de la zona. Sus ojos ya aporreados por las brisas del mar buscan en el cielo pájaros que le guíen hacia las sardinas. En el tigre encuentra los cardúmenes y lanza con maestría la atarraya y embarca más de 200 pececitos. Con un par de lanzadas más llenamos el vivero de la lancha y nos dirigimos hacia los adentros de la bahía. El sol ya arde con ferocidad, el viento es tenue y el camino un poco largo. Mientras navegamos las calmadas aguas de Málaga, hacemos los últimos ajustes en las varas de pesca, fortalecemos los nudos y ajustamos los anzuelos. Chambi conoce mucho la zona y nos lleva a un conjunto de piedras cerca a una playa, sabe que ahí encontraremos pargos. En la lancha siempre soy el primer marinero, y estoy encargado de manejar el

ancla, a la orden del capitán la tiro al agua y anudo la soga con velocidad. Rápidamente todos los pescadores ponen una sardina en su anzuelo y la lanzan al mar. Unos vamos pescando por arriba y otros por abajo para que las líneas no se enreden y tengamos más posibilidades de embarcar peces. El tiempo que pasa entre el primer lance y la primera pica está lleno de ansiedad y excitación, todos queremos ver los animales por los que hemos realizado este viaje.

Hoy le ha tocado a mi padre ser el primero en sentir la adrenalina de la pesca, casi a los cinco minutos de estar en el agua un pargo ha mordido su carnada y esta pegado al anzuelo. Es una buena pelea, la experiencia le ha enseñado a mi papá a entender los movimientos de los peces y saber cuando dejarlo nadar y cuando recoger la línea. En la lancha todos miramos expectantes el agua, esperando a que el animal asome para ver que pez es, su tamaño y brillantes colores. A los 10 minutos de pelea se ve cerca a la lancha ascender un buen pargo, de escamas rojas y dientes como los de un perro, Chambi es el encargado de usar el garfio para embarcar el pez. Ha sido un buen pez. En La Elenita todos celebramos, y como ya no estamos blanqueados, nos tomamos el primer trago de whisky.

El día pasa y la pesca es bastante buena, en todos los sitios que visitamos hay pargos y logramos embarcar bastantes animales. La lancha es de buen ambiente, risas y cuentos acompañan la faena de pesca, y los mayores ya un poco alicorados dan consejos a los que estamos aprendiendo todavía del arte de pescar. Hay momentos de silencio, dónde cada pescador está concentrado en sus pensamientos. Para mí es el movimiento del mar, las olas, lo que me genera paz interior. El chasqueteo de la marea con el casco de la lancha se sincroniza con

los latidos de mi corazón y por un leve momento me olvido de todo y soy uno con el mar; infinito. Siempre recuerdo que una vez que el mar ha lanzado su hechizo, uno se encuentra atrapado en su red de maravillas por siempre.

El sol empieza a caer y es momento de dirigirnos a tierra. Hemos pasado más de 10 horas en el mar y sentimos el cansancio. Nos espera una buena cena y una larga noche de sueño. Ya en el Asturias todos los pescadores se dirigen al comedor para compartir su día, qué pescaron y cómo estuvo el mar. Algunos en mar adentro han tenido mala suerte y nada de pica, otros lograron sacar un par de buenos dorados y varias albacoras. Pero indudablemente la mejor pesca fue la nuestra en la bahía. De nuevo, los momentos emocionantes del día acompañan la cena de doña Mabel, las historias ya casi milenarias hacen de la noche amena y alegre. Todo ha sido maravilloso, el mar nos ha permitido tener un buen día se ha dejado pescar y estamos agradecidos. Un breve juego de cartas nos lleva a cabecear del sueño. Ya mañana regresamos a la ciudad, y dejamos atrás este sitio que durante tantos años nos ha generado felicidad.

El regreso a Cali suele ser silencioso. Simplemente hacemos lo que tenemos que hacer con velocidad y eficiencia. Nadie quiere prolongar el hecho de tener que dejar al mar atrás y no saber cuando vamos a regresar. Ya en nuestro hogar repartimos la pesca entre los pescadores y regresamos a nuestras vidas, todavía con el sabor de la sal en nuestras bocas.

 **Julián González Martelo**